



EL CARNAVAL. ECOS RITUALES EN EL MEDITERRÁNEO ANTIGUO

Aurora Luque

VIII Conferencia Inaugural del Carnaval de Málaga, 2004

El carnaval y sus ecos rituales en las culturas mediterráneas del mundo antiguo: este es nuestro tema. Quizá alguno de ustedes se pregunte el porqué de este título, que, en el recurso a la palabra eco, podría parecer equívoco: el eco, un eco, pertenece siempre a un momento posterior al tiempo en que se emite el sonido que lo produce. Es decir, en pura lógica habría que buscar los ecos de los rituales festivos del pasado proyectados en el carnaval de hoy, y no al revés. De alguna manera hemos realizado el camino inverso, quizá como homenaje a ese "mundo al revés" que celebra el carnaval: hemos puesto del revés la línea del tiempo del revés, hemos ido a buscar en las antiguas culturas mediterráneas-sobre todo en Grecia pero también en Roma y en Oriente Próximo- reflejos, concordancias, resonancias y acordes entre la fiesta de hoy y las de entonces, a sabiendas, desde luego, de que es imposible trazar una línea histórica nítida, al ser discontinuas y en muchos puntos heterogéneas las tradiciones de cada época. Pero seguimos teniendo algunos rasgos en común: gozamos de un clima y de unas tradiciones agrícolas similares. Aunque ya no participa en ello la mayoría de la población, se practican aún los mismos cultivos que hace dos o tres milenios -el trigo, la vid, el olivo- y sigue viva entre nosotros una conciencia del paso del tiempo dibujado como ciclo de estaciones diferentes que se suceden marcadas por el ritmo de la vida de la naturaleza, por más que nuestra condición de urbanitas esté desatando los hilos que nos unen a esta manera de percibir el tiempo. Según Caro Baroja, en su ya clásico libro sobre el carnaval, las manifestaciones carnales se relacionan con una determinada percepción cualitativa del tiempo, de sus ritmos y pulsos vitales.

Por otro lado, también nuestra relativamente reciente experiencia de libertad política-sin la cual el carnaval se asfixia- autoriza el establecimiento de ciertos paralelismos con otras experiencias de libertad ciudadana y predemocracia en el mundo antiguo.

Como ha señalado, en fin, otro teórico importante, el ruso Mijail Bajtin -estudioso de las relaciones entre carnaval y literatura popular - el carnaval se manifiesta como una amplia visión del mundo, persistente desde tiempos inmemoriales. Esta percepción se opone a la seriedad oficial "monológica y dogmática, engendrada por el miedo, enemiga del devenir y del cambio y que tiende a la absolutización del estado existente de las cosas".

El carnaval encierra curiosas paradojas: siendo como es una celebración antiquísima vinculada a los ciclos de la vegetación y a rituales propiciatorios del renacimiento de la vida en la naturaleza, ha gozado a la vez de capacidad para reciclarse como fiesta absolutamente contemporánea. Tal vez su poder de autoregeneración se deba a que pone siempre en juego capacidades plenamente humanas y universales: el humor y el ingenio, la conciencia de la inestabilidad del yo, el impulso hacia la crítica social, el deseo de utopía y de metamorfosis, la voluntad de jugar con el lenguaje: la manipulación lúdica del lenguaje da lugar a las manifestaciones quizás más interesantes del carnaval –al menos para mí que vivo en, con y para las palabras- tanto en el pasado como en el presente. En la Grecia clásica, los rituales carnavalescos desembocarán en la invención del teatro; en nuestros días, el trato libre y festivo con el lenguaje nos ha procurado un rico acervo de coplas y letras carnavalescas de una gran frescura y una notable finura humorística. Los carnavales de Cádiz y Málaga dan lo mejor de sí mismos en ese terreno de la composición verbal y musical, frente a otros festejos centrados en aspectos visuales y en el puro espectáculo. Es sobre todo a través de la subversión del lenguaje como se accede a ese "mundo al revés": los grupos gaditanos y malagueños, a través de sus renovadas composiciones anuales, abren a la crítica ese "espacio vigilado y ordenado" que es la ciudad a lo largo del año. Los citados motivos de lo carnavalesco parecen, pues, intemporales. A la vista de esta intemporalidad resulta fascinante asomarse a los orígenes mediterráneos: nos acercaremos a las manifestaciones dionisiacas, a fiestas curiosas como las *hybristiká* de la ciudad de Argos en las que hombres y mujeres cambiaban sus ropajes, a los coros callejeros y a los cortejos con máscaras que acabarán por entrar en el teatro de la mano de Aristófanes, a los fascinantes y salvajes ritos del menadismo - esa especie de carnaval sólo para mujeres.

El carnaval es una fiesta proteica e intemporal destinada tanto a los sentidos como a la inteligencia. En ella el ser humano se despoja del miedo hacia el Poder y la Jerarquía y recupera aunque sea momentáneamente la dignidad del goce en la fiesta colectiva. Es y será siempre una fiesta pagana en el más amplio sentido de la palabra. Quizá en ese saludable paganismo intemporal resida la garantía de su supervivencia.

Permítanme un inciso. La invitación a pronunciar esta conferencia me ha obligado a examinar mi relación con el carnaval: el resultado de la reflexión –tengo que confesarlo- ha sido desolador. Soy, como muchos de ustedes, una de tantos españoles que se vieron privados en sus infancias de la vivencia de esta fiesta. Y es bien sabido que lo que no se vive en la infancia es muy difícil que se convierta en experiencia íntima y cordial, lo que no arraiga en el terreno fertilísimo de los años infantiles ya no alcanzará nunca suficiente lozanía. No arraigará como tradición nuestra aquello que no vimos con nuestros ojos de niño asombrado. Una dura posguerra y una dictadura asfixiante ahogaron durante décadas las manifestaciones del carnaval en nuestro país, aunque no su recuerdo. Y es que el carnaval necesita como su más básico presupuesto, la Libertad, la Libertad con mayúsculas.

Los antiguos ya fueron muy conscientes de la vinculación estrechísima entre la Fiesta y la Paz. Así lo manifestaba un personaje de Aristófanes en una comedia titulada precisamente *La Paz*. Esta comedia se estrenó en Atenas en el año 421 a.d.C en plena guerra del Peloponeso. El héroe es Trigeo, un viñador que, harto de la guerra y sus miserias decide subir al cielo en un escarabajo volador – aquí tienen ya ustedes una proto-carroza carnavalesca- para pedir cuentas al dios Zeus.. Ya arriba, con la ayuda de un coro de labradores, se proponen rescatar a Eirene, la diosa de la Paz, que ha sido secuestrada por Pólemo, la personificación de la guerra. Cuando liberan a la Paz, esta aparece escoltada por otras dos diosas, Opora (la Cosecha) y Teoría (la Fiesta) . Aquí queríamos llegar: la paz y la fiesta pertenecen a un mismo cortejo, caminan siempre unidas. Trigeo entona un emocionado requiebro a las diosas, con una enumeración de los olores más deseables de la fiesta, que, como podrán comprobar, coinciden en parte con elementos carnavalescos:

TRIGEO: ¡Reina que das racimos, qué palabras decirte! ¿De dónde sacar una palabra de diez mil ánforas para saludarte con ella? ¡Salud, Cosecha, y tú también, Fiesta! ¡Qué cara era la tuya, Fiesta, y cómo hueles, qué bien para el corazón, tan dulce, como a no hacer el servicio militar, y a perfume!...] (La mochila del soldado) huele a eructo de cebolla y a vinagre, esta (la Fiesta) a cosecha, hospitalidad, Fiestas Dionisias, flautas, tragedias, canciones de Sófocles, tordos, versitos de Eurípides, yedra, colador para el vino, corderos balando, seno de las mujeres que van corriendo al campo, esclava borracha, jarro volcado, y a otras muchas cosas buenas.

Al héroe de Aristófanes la fiesta le huele a las alegrías desbordadas del vino, a comida campestre, a erotismo gozoso, a canciones, a hospitalidad. Para que el carnaval sea posible el hombre debe olvidarse de esa definición de lobo para el hombre que campea con poder absoluto en todas las guerras y posguerras.

A pesar de la paz oficial, en mi infancia, muchos lustros después del final de la guerra civil, todavía existía un miedo más o menos fundado a las venganzas y a los ajustes de cuentas que pudieran llevarse a cabo bajo la impunidad de las máscaras y los disfraces.

Me queda en la memoria la huella del asombro que me causó una escena vivida en el pequeño pueblo en que pasé la infancia. Un año salieron espontáneamente a la calle, disfrazadas, tres o cuatro personas mayores. Me dijeron que Franco había prohibido los disfraces. Eran cosas que los niños no podíamos entender. El eco del odio incivil continuaba matando la fiesta. Me queda también un recuerdo musical. Mis padres tenían entre sus discos un gastado vinilo de 45 revoluciones por minuto con cuatro temas de la película Orfeo negro. La melodía nostálgica de "Mañana de carnaval" me sirvió al menos para imaginar lo que podía suceder al otro lado del planeta, en un derroche mítico de luz y música que sabíamos que se llamaba Brasil y quedaba muy lejos. Sólo sobrevivía una fiesta del ciclo del carnaval. El jueves anterior al miércoles de ceniza se celebraba el jueves lardero, que allí se llamaba el Día del Pucherico. La celebrábamos sólo los niños saliendo a comer al campo; el día de san Marcos, el 25 de abril, era la fiesta que todos, grandes y pequeños, pasábamos en alguna amena alameda con la santa misión entre otras de matar el diablo. Las gentes contaban que en otros tiempos todo el mundo cocinaba en el campo un puchero succulento y bien surtido de frutos de la matanza. Así se preparaban para un ayuno inminente de la Cuaresma.

En esto consisten los magros recuerdos del tiempo del carnaval. Pero luego he sabido que esos festines en el campo se celebran desde hace miles de años en las mismas fechas. La comida es un tema central de todas las variantes del carnaval. Se suele decir que el aspecto "carnal" y aun carnívoro de estas fiestas (presente en su etimología, como saben) solo se entiende en oposición a la Cuaresma austerísima que se avecina y dentro siempre de un calendario cristiano.

Pero la fiesta cristiana se instaló sobre procesos de la vida agrícola anteriores con mucho a la consolidación del cristianismo. El campesino no descansa de su tarea anual en el momento de la cosecha, sino cuando da por terminada la tarea de la siembra. Sólo entonces tendrá unas semanas de respiro y abundancia: este momento coincide en todas las culturas con los meses de enero y febrero. Por eso se sitúan en febrero en fechas movibles, los festines agrarios. Aristóteles lo atestigua en su Ética a Nicómaco: "Los sacrificios y reuniones de más antigüedad son naturalmente los que tenían lugar después de la recogida de los frutos de la tierra, pues era precisamente en ese momento cuando se disfrutaba de más ocio". El tema lo ha estudiado Louis Gernet en su libro Antropología de la Grecia Antigua. Dioniso, el dios por excelencia de dichas fiestas, era calificado como el Atiborrado, "esfydomenos". La primavera que se avecina será una época de nueva escasez. Un poeta arcaico, Alcman, habla de la primavera como la época en la que todo crece pero no hay mucho que comer.

Primavera, cuando todo

está en flor, pero en cambio, no se puede

comer a pasto...

(Fr.20 PAGE; trad. de Juan Ferraté)

El sacrificio cristiano de la Cuaresma será la sacralización de esta penuria primaveral. En nuestra época, en la que tenemos simultáneamente al alcance de nuestras manos todos los alimentos de todas las estaciones y de todas las latitudes, debemos dar definitivamente por perdido el sentido último de esos festines rituales. Pero todavía se toma un potaje perchelero colectivo en tiempo de carnaval. Al hacerlo enlazamos inconscientemente con rituales antiquísimos que pretendían la comunión con "el espíritu del grano", es decir, con la personificación sagrada del cereal o del alimento básico: Frazer, en su admirable y mítico libro sobre manifestaciones de orden mágico *La rama dorada*, describe como posibles vestigios de esa clase de comunión con el "espíritu del grano" las costumbres españolas de tomar coca, buñuelos o rosquillas en determinadas fiestas, primaverales o no. Se trataría, en su origen, de la ingestión sacramental de un elemento natural de origen divino, de una comunión con las fuerzas divinas de la naturaleza. Frazer da asimismo noticia de remotos antecedentes en diversas tribus y pueblos muy distantes entre sí de la ingestión de carne como medio de absorción del dios. Son casos de dietas mágicas de carne que procuran al comensal una determinada fuerza o estado de ánimo.

Del conjunto de las fiestas primaverales que anticipan nuestro carnaval conocemos sobre todo las de Atenas. Fiestas como las Leneas, las Dionisias rurales o las Antesterias son ricas en elementos que se siguen concentrando hoy en el carnaval contemporáneo.

En las Dionisias rurales, celebradas en invierno, se paseaba en procesión una representación de un gran falo propiciatorio. Coros cómicos de gente ruidosa y alegre recorría las calles "cantando, bailando y lanzando bromas picantes u obscenas a todos y todas a quienes encontraban en el camino. A partir del siglo V los demos más ricos añadieron representaciones dramáticas a estas fiestas" (Flacelière). Ya tenemos así prefigurados los dos recintos carnalescos por excelencia: la calle para el desfile y el teatro para la actuación verbal y musical. Hasta hoy.

En enero se celebraba la fiesta orgiástica de las Leneas, que también incluía representaciones dramáticas. Las bacantes o ménades, mujeres poseídas por el delirio báquico, danzaban hasta el éxtasis y el desenfreno. Se conocen numerosas asociaciones de mujeres destinadas a ejecutar los ritos dionisiacos en todo el suelo griego. El ámbito de estas danzas eran la noche y la montaña: el cortejo abandonaba las viviendas y las calles para internarse en la soledad de las montañas y allí "entregarse con el dios al desvarío en la soledad". Así se invocaba a Dioniso en *Antígona* de Sófocles:

¡Oh tú, guía de los coros de estrellas de ardiente aliento, señor de las canciones de la noche, hijo surgido de Zeus, aparece, soberano, con tus sirvientas, las Tíades, que bailan contigo frenéticas la noche entera para ti!

Los días 11, 12 y 13 de febrero se celebraban las Antesterias, dedicadas también al dios Dioniso. El primer día se abrían las vasijas de barro, los pithoi, donde se guardaba el vino de la cosecha del otoño. El segundo día, el día de las Coes, había un concurso de bebedores: debía beberse el vino de un jarro lo más aprisa posible a una señal de la trompeta. El vencedor recibía una corona de hojas y un odre de vino. También el segundo día se celebraba una procesión en la que el dios Dioniso subido a un carro en forma de barco era escoltado por un séquito cuyos miembros llevaban máscaras. Este cortejo tal vez sea el episodio más genuinamente carnalesco de la fiesta. El papel del dios lo representaba el arconte rey – una especie de alcalde- y la reina, la mujer del arconte, se unía a él al final de la procesión en una hierogamia o boda sagrada que tenía lugar en la casa del arconte. El tercer día de las Antesterias, el día de las ollas (Chytroi) estaba consagrado a los muertos. Unas ollas de barro se llenaban de cereales que había

que consumir antes del anochecer y que se consagraban a Hermes Psicopompo, el encargado de llevar a los infiernos las almas de los muertos.

Dioniso era la divinidad central de estos festejos precarnavalescos. Walter Otto, en su muy recomendable libro *Dioniso. Mito y culto*, lo define así: "Dioniso es el hijo del éxtasis y del temor, de la furia desatada y de la liberación más dulce, el dios loco cuya aparición provoca el frenesí de los hombres, y que ya en su concepción y nacimiento anuncia el carácter misterioso y paradójico de su naturaleza".

Uno de los atributos constantes del dios es la máscara. Ciertamente es que en otras fiestas griegas también se utilizaron máscaras, sobre todo en las dedicadas a las diosas Ártemis o Deméter, pero es en los rituales dionisiacos donde alcanza mayor relevancia. El día de las Coes citado el propio Dioniso está presente bajo forma de máscara en el recinto en que se vertía y mezclaba el vino. La máscara es símbolo y apariencia de aquello que está y que no está; es unión, nos dice Walter Otto, de la presencia inmediata y de la ausencia absoluta. "Así, la máscara nos dice que la aparición de Dioniso, que se distingue de las de otras divinidades por su evidencia y su imperiosidad, está ligada al enigma insondable de la duplicidad y de la contradicción. Le hace irrumpir, violentamente, en el presente, al tiempo que lo desplaza hacia una infinita lejanía (...) Es el momento de la fascinación y la confusión que concita todo lo dionisiaco. Pues es el espíritu de una criatura salvaje. Su venida trae consigo el frenesí".

Pero la máscara no agota el sentido del culto dionisiaco. Dioniso es el dios liberador. Se le asigna ese epíteto, *Lysios*, el que libera. Es el dios -nos explica Dodds en su libro *Los griegos y lo irracional-* que por medios muy sencillos hace que uno por un breve tiempo, deje de ser uno mismo, salga fuera de sí. El ritual dionisiaco era una válvula de escape, como para nosotros el carnaval. Dioniso fue una necesidad social en la misma medida que Apolo. Apolo, dios de la claridad y de la medida, prometía seguridad. Dioniso, dios del goce, ofrecía libertad.

¿Y qué es el carnaval de hoy sino un paréntesis dionisiaco que se abre en la legalidad y cordura del año apolíneo?

El culto a Dioniso exigía una implicación total y colectiva de los participantes:

La vida de la naturaleza que todo lo penetra, toda su fuerza creadora –nos dice el profesor Albin Lesky– está personificada en este dios. A Dioniso no le bastan la oración y el sacrificio...sino que él quiere al ser humano entero, lo acapara para su servicio y lo eleva por medio del éxtasis por encima de todas las miserias del mundo.

(Y aquí un inciso: ¿no nos sirven acaso estas palabras para describir esa especie de éxtasis gozoso que todos hemos sentido en los mejores momentos de la Fiesta –con mayúsculas-, de aquellas fiestas vivas en las que verdaderamente nos implicamos y nos sumergimos, cuando lo social y lo individual engarzan su sentido?)

Se ha definido el carnaval como una fiesta en la que el mundo "enloquece" momentáneamente. La locura es un elemento intemporal, ancestral: "la locura llamada Dioniso no es una enfermedad, ni degradación de la vida, sino el elemento que acompaña su grado máximo de salud, la tormenta que estalla en su interior cuando madura y sale de sí. Es la locura que introduce el caos en las vidas ordenadas, la que inspira la beatitud primigenia y el dolor primero, y, en ambos, el salvajismo originario del Ser" (Otto)

Caro Baroja señalaba que la subversión, la inversión de papeles sociales y sociales era una característica constante del carnaval. En los carnavales de hoy seguimos presenciando el doble rito de la sucesión burlesca de la coronación y posterior destronamiento del rey del carnaval. En la base de ese rito, según Bajtin, está el núcleo mismo de la percepción carnavalesca del mundo. El carnaval es la fiesta del tiempo que aniquila y renueva todo". La subversión social, el cambio de rango era evidente sobre todo en las Saturnales romanas. A los esclavos se les concedía todo tipo de licencia y se abolían por unos días las diferencias entre amos y siervos. Las Saturnalia se caracterizaban por las grandes comilonas, borracheras y disipaciones de todo tipo. Se elegía a un rey de la fiesta, una personificación de Saturno, al que se permitía cumplir todos sus deseos y caprichos. Luego se le hacía desaparecer, a veces de manera real obligándolo al suicidio según algunos testimonios y otras veces de manera figurada. Se trata del motivo del entierro del carnaval, que adopta múltiples formas –aquí tenemos el entierro del boquerón-. Ese ritual del entierro burlesco no tiene paralelo cristiano. Sir J Frazer llama la atención sobre el hecho de que en países como Italia, Francia o España en los que la dominación romana fue más intensa y duradera pervive con mayor fuerza ese ritual del entierro al final del tiempo de carnaval.

CONCLUSIONES

Jugando con un verso de Caballero Bonald que ahora da título a su poesía reunida y que dice "Somos el tiempo que nos queda", podríamos añadir que somos también el tiempo que vivieron por nosotros y para nosotros todos aquellos que nos precedieron, esa serie infinita de almas y de cuerpos que soñaron y gozaron, que bailaron y festejaron como nosotros, con la alegría de cada primavera. Y nada más: un brindis para que nos sean propicios, sean quienes sean esta vez, los dioses del carnaval.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- ARISTÓFANES, *Las Avispas, La Paz, Las Aves, Lisístrata*, trad. de F.R. Adrados, Editora Nacional, Madrid, 1981.
- CARO BAROJA, J. *El Carnaval*, Taurus, Madrid, 1983.
- BAJTIN, M. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza, Madrid, 1987.
- GERNET, L. *Antropología de la Grecia antigua*, Taurus, Madrid, 1980.
- LESKY, A. *La tragedia griega*, El Acantilado, Barcelona, 2001
- FLACELIÈRE, R. *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*, Temas de Hoy, Madrid, 1993
- OTTO, W. *Dioniso. Mito y culto*, Siruela, Madrid, 1997
- DODDS, E.R. *Los griegos y lo irracional*, Alianza, Madrid, 1980.